

tí, ni nosotros á nosotros mismos. Créelo. Fuente de bondades y grandezas fuimos el uno para el otro en las horas de confianza y de mentiras y de amor. Monstruos, en las horas de perfidia y de penas y de aborrecimiento. Seres vulgares seremos el uno para el otro dentro de algunos meses.

¿Eramos tan buenos y tan grandes al comienzo de nuestros amores? ¿Fuimos tan ruines y malvados al final? No. Ni nos conocíamos antes, ni nos conocemos ahora, ni nos conoceremos tampoco después. Con careta ó sin ella, el *¿Me conoces?* y el *Te conozco* son, en el baile y en la existencia, preguntas y contestaciones que se hacen y se dan al tun, tun, por seguir la broma.

Ella se puso la careta, yo tiré el cigarro y cada uno por una puerta entramos en el salón de baile, en el inmenso baño de luz donde hombres y mujeres se decían *¿Me conoces?*... y *Te conozco* entre el caer incesante de los papelillos arco iris.

---

Niños en vitrina





## Niños en vitrina

Aurelio Estremera es un médico notable y un excelente amigo. Conste que no le nombro por reclamo ni por gratitud á servicios de su carrera. La especialidad de Estremera son los partos; y yo, hasta la fecha, sólo he parido artículos y dramas defectuosos, más necesitados de la benevolencia del público que de los oficios del comadrón.

Pero á Estremera debo la visita origen de esta crónica, y sería injusticia grande dejarle de nombrar.

—¿Dónde bueno?—le dije.

—Pues al Centro de maternidad artificial que hemos establecido en esta misma calle.

—¡Maternidad artificial!



—Sí, amigo mío; una fundación debida á los generosos esfuerzos de persona que desea ocultar su nombre; un Centro facultativo donde, á falta de hermanas de la caridad, tenemos enfermeras semejantes á las del Instituto Rubio; donde hay un cuerpo de médicos prontos, como la casa, á servir gratis á los pobres, y donde, si no se hacen artificialmente niños, se rehacen y componen los construídos de mala manera, los echados fuera de su molde antes de encontrarse en perfecta sazón.

—¡Ah!... Creí que, al igual de lo que sucede con los pollos, había descubierto la ciencia médica incubadoras para producir niños artificiales, y, franeamente, iba á darles á ustedes el pésame, seguro como estoy de que el novísimo sistema prosperaría poco entre la especie humana.

—Tranquilícese usted. Algo hay de incubadoras; pero ellas sólo tienen por objeto terminar y perfeccionar la obra de la Naturaleza cuando ésta se descuida. ¿Quiere usted ver la instalación? Suba. Está á dos pasos, en esta casa vieja que hemos remozado por dentro, y es comienzo humilde de planes que esperamos ver satisfactoriamente cumplidos en breve.

Tengo, entre otros, el vicio de la curiosi-

dad; y cogiéndome al brazo del médico subí por la escalera arriba, atravesé alcobas, laboratorio, despacho, si modestos, útiles á sus fines, y me encontré frente por frente á lo que yo, en mi ignorancia de los términos técnicos, me permito llamar taller de compostura y remate para confecciones humanas.

Allí, defendidos por unas balaustradas de hierro, alzábanse dos aparatos parecidos á esas vitrinas donde los amantes de antigüedades y objetos curiosos guardan ejemplares raros que tienen sus principales méritos en la ancianidad ó en la escasez.

¡Escasez! ¡Vejez! A estos dos consonantes puestos en acción, se deben hechos que, sin ellos, nadie explicaría. La lamprea es un manjar delicioso porque anda escaso; la sardina, un alimento cursi porque abunda: si no fuera por los méritos de la vejez, no comprendería uno muchos personajes que andan por ahí.

Aquellas vitrinas, apoyadas en pies de acero, mostraban por los cuatro frentes de su limpia cristalería un fondo de terciopelo rojo, bordado entonces por un rayo de sol que se había introducido en la incubadora, tal vez con el propósito de aguardar y recibir con un beso de luz al primer recién nacido que



entrarse en ella; una microscópica cuna, vestida con tela color de rosa, parecía guardar también el peso de un niño. Todo reía y hablaba de despertares infantiles en los coquetones aparatos descritos por el médico con minuciosos y claros detalles que ahora no recuerdo, pero que significaba la existencia de mecanismos destinados á proseguir y consolidar el desarrollo de los seres á quienes la Naturaleza, por torpe ó por estar con prisas, echara al mundo antes de tiempo.

¡Qué diferencia entre las vitrinas donde se conserva lo viejo para recomponer el pasado, y estas vitrinas donde se rectifican las imperfecciones de lo nuevo para restar los menos hombres posibles al futuro!...

La ciencia, no satisfecha con sus conquistas en beneficio de los hombres nacidos ya, quiere extenderlas hacia los hombres por nacer; y á tal objeto ha inventado esas incubadoras, donde los niños nacidos, uno, dos, ignoro cuantos meses antes de su hora, encuentran lo que el claustro materno, contra la voluntad de su madre, les niega: alimento y vida, fortaleza y calor.

La ciencia médica, en su afán nobilísimo de que la carne humana sufra lo menos posible y sea lo más robusta posible también, no se da punto de reposo: fisiólogos, bacte-

riólogos, higienistas y químicos, trabajan sin descanso en esta grande obra; por virtud suya, muchas enfermedades, antes mortales, curan; muchas heridas, en otros tiempos incerrables, se cicatrizan; muchos gérmenes, ayer déspotas de la humanidad, son hoy esclavos del microscopio y del soplete; por mérito suyo igualmente, las incubadoras humanas, las vitrinas de rehacer niños, logran que criaturas destinadas á morir, ó á llevar vida llena de impotencia y de sufrimiento, pisen la tierra con las venas repletas de sangre roja, los nervios de electricidad y los músculos de poderío.

¡Labor grandiosa la de esos sabios; labor que, para producir hombres completos, necesita de otra, que con lentitud, pero con tesón, realizan otros sabios también, procurando crear organismos redentores donde el hombre y el niño fortalezcan sus inteligencias y sus conciencias, por obra de libres y francas enseñanzas.

Estas enseñanzas los presentarán al mundo social limpios de fanatismos, de egoismos, de orgullos necios, de creencias estúpidas, de pensamientos ruines, para que en el mundo se abracen como hermanos y marchen juntos á la conquista de una existencia nueva, en que no habrá verdugos y víctimas,



explotadores y explotados, hartos y hambrientos, sinó hombres dignos de este título, hoy prostituído por la ignorancia y por la injusticia.

¡Día hermoso aquél en que, así como los médicos quieren arrancar hoy víctimas á la muerte, protegiendo el alborear de la infancia con sus vitrinas incubadoras, y hacer hombres fisiológicos, robustos y llenos de salud, pueda ser el maestro médico de entendimientos y conciencias, y la escuela enorme vitrina en que se recreen hombres sociales robustos de corazón y juicio, sedientos de justicia y útiles para el bien de la humanidad y para el ensanche del porvenir!

Mirando un mapa





### Mirando un mapa

Tengo un amigo, corresponsal de la *Gaceta de Francfort*, un alemán tan amante de la española literatura como son despreciadores de ella algunos supergecios, venidos hace pocos años *al mundo del arte* con la noble y útil misión de no hallar cosa buena y de no hacer cosa buena tampoco. Este amigo mío, este alemán inteligentísimo y simpático, me regaló ayer el curioso mapa que tengo á la vista.

Es el mapa entero de Alemania, dividido exactamente igual que todos los mapas del imperio germánico; pero coloreado y subcoloreado en cada una de sus regiones y provincias—llamémoslas así—según el partido



ó partidos políticos que en ellas tienen preponderancia, significada por representaciones dentro del Reichstag.

Manchas de azul fuerte y manchas de azul más pálido, señalan los distritos agrarios conservadores é imperialistas; verdes son las que se destinan á los liberales nacionales; moradonegruzcas, las de los católicos; rosa y mahón, respectivamente, las de progresistas y demócratas; amarillas, las de polacos, alscianos, etc....

Hay unas manchas que tienen color de cieno, desleído en bilis. Representan el anti-semitismo.

Los distritos, regiones enteras, conquistadas por los socialistas, se hallan marcados con carmín, color vivo, de sangre joven, arterial, bien oxigenada, útil para la salud y la vida.

Estas manchas carmín, esa coloración de sangre jóven, arterial, bien oxigenada, útil para la salud y la vida, que se reserva en el mapa á los socialistas, á quienes—prescindo de divisiones y subdivisiones, de matices y escuelas, de mayores ó menores radicalismos en el procedimiento—representaron en el siglo anterior y siguen hoy representando generosas falanges de pensadores y combatientes, resueltos á lograr por todos los medios la redención humana, han traído á mi

cerebro sentimientos é ideas, tras las cuales se dibuja, como aurora entre nubes, la santa visión del porvenir.

Tal vez sean lirismos; pero, ¡qué demonio!, alguna vez hemos de permitirnos excesos los autores de crónicas, siquiera incurramos en las censuras de ciertos dómines Cabra del pensar, los cuales sólo consideran asuntos cronicables los que ellos adoban, vertiendo sobre roeduras hechas en ajenas ideas, el caldo insulso de su estilo.

Serán lirismos; pero yo, leyendo la estadística que el mapa luce sobre uno de sus ángulos; viendo en el espacio de treinta y dos años—los comprendidos entre 1871 y 1903—las representaciones socialistas han crecido, dentro del Reichstag y fuera del Reichstag, en proporciones de 1 á 81; mirando esa estadística, alzando más tarde mis ojos de los números, y poniéndolos en las manchas carmín, que van ganando y coloreando el mapa alemán, como inyección de sangre pura hecha á un cuerpo roído por la escrófula y por la anemia, he visto en ellas el heraldo de una victoria indudable y pronta para los ideales nuevos.

Sí; esa irrigación carminosa, ese chorro de sangre fresca, que invade por todas partes á la vez las restantes coloraciones del grabado,



representa el triunfo próximo de quienes, atacando con terca bravura egoísmos, rutinas, explotaciones, acaparamientos y crímenes sociales, quieren convertir este mundo de verdugos y víctimas, de amos y esclavos, de señores y siervos, en hogar de hermanos donde el trabajo sea ley, la libertad madre y la justicia religión.

Como evocación redentora veía yo dibujarse frente á mis ojos, no el minúsculo mapa del imperio germano, toda la tierra concedida por la Naturaleza á los hombres para que de ella por igual disfrutasen; tierra de todos, hecha pronto esclava de algunos, que, más astutos ó más fuertes ó más criminales, arrebataron á sus hermanos su parte en la herencia común; veía al mayor número de los despojados resignarse á la expoliación, doblegarse bajo la amenaza de los poderosos, como las bestias bajo el látigo del arriero; veía á otros pocos protestar contra las iniquidades de que eran objeto, y veía también cómo se ahogaban sus clamores y sus quejas en sangre: quejas y clamores que resbalaban sin hallar eco sobre oídos tapiados y conciencias sordas; sangre generosa que brillaba un momento para desaparecer pronto empapada por la tierra gris.

Pero las quejas y los clamores inspirados

en ansias de justicia, no se pierden; junto á los oídos tapiados y las conciencias sordas, nacen oídos abiertos y conciencias vibrantes; la sangre que parece desvanecerse, absorbida por la tierra gris, es riego fecundador, polen pletórico de gérmenes.

Y llegó un día en que los clamores y las quejas se condensaron para hacerse estandarte de una multitud; en que los gérmenes depositados dentro de la tierra rompieron la dura superficie, poblándola con seres humanos hambrientos de justicia.

Y volvieron á oírse quejas y clamores; y volvió á correr sangre. Sólo que las quejas y los clamores salían á un tiempo por las gargantas de explotadores y explotados; solo que la tierra empapaba igualmente sangre de señores y siervos.

Ya no fué aquella ejecución que mostraba de un lado la protesta de la víctima y de otro el hacha del verdugo; fué lucha cara á cara, terrible combate, al término del cual apareció sobre el camino del porvenir un arco de triunfo y sobre la historia de la humanidad una fecha.

Pero 1789 no bastaba á la redención de todos los hombres.

La victoria alcanzada por todos sirvió únicamente al beneficio de unos cuantos. La



explotación del hombre por el hombre continuó siendo ley; el señorío de los menos sobre el trabajo de los más, representado antes por unos cuarteles de nobleza, fué representado ahora por unos sacos de oro.

Y, mientras la sociedad cambiaba de amos, en el fondo de los talleres, en los cuarteles de las fábricas, en las extensiones del mar, en la superficie de los campos, en las entrañas de la tierra, en las buhardillas, donde la miseria fabrica mendigos, en el arroyo, donde el desamparo hace criminales; en las grandes ciudades, donde el abandono moldea machos sin conciencia y hembras sin honra; en los pueblecillos, donde la ignorancia pare bestias en lugar de hombres, volvieron á oírse gritos de protesta, voces que reclamaban el derecho de todas las criaturas al trabajo y al pan, á la libertad y á la vida.

Y tornaron á escucharse también quejas y clamores; y tornó también á correr sangre; sólo que después de 1789, las quejas no podían ahogarse; la sangre no podía ser absorbida tranquilamente por la tierra.

Hubo labios y cerebros que formularon con energía apuellas quejas y clamores; hubo vasos que recogieron aquella sangre para convertirla en ideas. Hoy esa sangre, hecha ideas, reclama la redención de los oprimidos,

de los esclavizados, de los siervos faltos de libertad, de los trabajadores faltos de sustento; la reclama imperiosamente con todos los tonos y con todas las voces; y ya no puede ser borrada, ya no se pierde en la tierra gris; se extiende sobre ella más y más cada vez, no como gangrenoso coágulo, como inyección de sangre joven y bien oxigenada, hecha al podrido cuerpo social para devolverle la salud.

Esa corriente color carmín, esa ola de sangre fresca y sana, irá poco á poco regenerando el mundo; yo ayer, contemplando el mapa alemán, viendo cómo las nuevas ideas iban dominando en él con sus enérgicas coloraciones las coloraciones que representan ideas antiguas, pensaba que en fecha, acaso no lejana, los oprimidos de hoy, los opresores de hoy, si no hartos de veñanzas y luchas, dominados por el invencible poderío de la verdad, depondrán sus odios y sus egoísmos, sus brutales codicias y sus espantosos desquites, para reconocer el derecho, el deber de todos á ser hermanos, á constituir un hogar común, donde el trabajo sea ley, la libertad madre y la justicia religión.

Pensaba eso y veía al minúsculo mapa alemán, teñido de coloraciones carmín, aumentar de tamaño, unificarse de color y se-



guir extendiéndose, siempre extendiéndose, hasta que, abarcando la tierra toda, formaba un mapa inmenso; mapa sin fronteras y límites, en el que sólo se leía esta palabra: Humanidad.

---

No queremos





## No queremos

Refiere un periódico que, en el matadero de la Mandchuria, un grupo de trescientos ó cuatrocientos soldados rusos se presentó, se entregó prisionero á los japoneses, voluntariamente, sin combatir.

Añade el periódico de donde tomo la noticia que un jefe alemán, agregado al ejército japonés, presenció la entrega de los rusos y les increpó duramente, gritándoles al término de la catilinaria: ¡Cobardes!

Un soldado ruso, un joven de veinte años, con más trazas de estudiante que de campesino, alzó la cabeza ante el insulto, y, sacudiendo sus cabellos rubios con desdeñosa sacudida, dijo al guerrero teutón:



«¿Por qué nos llamas tú cobardes? ¿Porque no queremos ser máquinas? ¿Porque libres de conciencia y de juicio, condenamos la guerra sostenida por Nicolás II? ¿Porque nos negamos á ayudar como combatientes en Asia á quién nos apalea como esclavos en Rusia? ¿Por eso nos llamas tú cobardes?»

»¡Cobardes!... La firmeza de convicciones es el valor más grande de todos. El valor del soldado que cierra los ojos y pelea inconscientemente á la voz de mando, es el valor estúpido del toro que embiste azuzado por el hierro del mayoral. El valor de quien, como nosotros, sigue, aunque le escarnezcan y le insulten, las resoluciones de su entendimiento y las pragmáticas de su voluntad, es el verdadero valor y la verdadera victoria, porque hace al hombre dueño de sí mismo.

»Nos entregamos, porque no queremos luchar por un monarca-pontífice, que es nuestro verdugo, y por una Rusia oficial, que es nuestra inquisición.

»¡Cobardes!... Llámanoslo, si tal es tu gusto. La mayor prueba de que no lo somos la tienes en que despreciamos tus ofensas; y la tendrías en que si, por despreciarlas, nos fusilasen, moriríamos sin pestañear.»

Tal fué, poco más ó menos, la respuesta

dada por el joven eslavo al coronel alemán agregado á los japoneses.

Si yo calentase ahora mi imaginación con el febril y entusiasta calor que se desprende de las palabras Patria, Honor militar, Disciplina, Heroísmo..., también llamaría cobardes á los soldados rusos que se entregaron sin combatir; tendría también para con ellos el duro lenguaje y las desdeñosas actitudes que tuvo el guerrero germano.

Pero la imaginación mía no está ahora puesta en esas palabras, por obra de las cuales han ido los hombres á degollarse durante siglos los unos á los otros con sublime inconsciencia. Es la imaginación mía moza libre é indisciplinada, que, sin contar conmigo, echa por donde se le antoja y pone los ojos en quien buenamente le place.

Ahora los ha puesto en el joven eslavo de cabellos rubios que alzó la cabeza ante los insultos del alemán; los ha puesto en los compañeros del ruso, en aquellos hombres que, aun vistiendo militares arreos, sudaban por sus rostros pálidos el hambre de la estepa y encorbaban sus cuerpos como si sintieran sobre sus espaldas el restallido feroz del knut.

En ellos estaba puesta la imaginación mía; y por frente á ellos, evocada por ellos, surgía



la Rusia que amordaza la conciencia y el pensamiento, la que, erigiendo el despotismo en ley, la crueldad en dogma, tiene, para quienes sueñan en libertades y derechos humanos, cárceles que son tumbas, hielos que son *in paces*; un verdugo en cada lugar y una horca en cada esquina. Pasaba la Rusia petrificada en los tiempos medios, con sus *popes* que hacen del cielo una esperanza, y sus grandes señores que hacen de la tierra eslava un infierno.

Pasaba la Rusia de las deportaciones en montón, de los martirios en conjunto, de los ajusticiamientos en haz: una Rusia muda, sangrienta, estupefacta y dolorida, de la que salía un ¡ay! de angustia y de protesta.

Junta á esa Rusia pasaba la otra, sobre cuyos áridos terrenos desfilaban los campesinos estremeciéndose de frío y de cansancio, moviendo tercamente los brazos para que la tierra produjese oro que el fisco se cuidaba de recoger; pasaba la Rusia de las contribuciones cobradas á tiros, de los impuestos repartidos á sablazos, de la esclavitud disfrazada de propiedad irrenunciable; una Rusia ignorante, andrajosa, trémula, de la cual salía un ¡ay! de hambre y de servidumbre.

Pasaban estas dos Rusias como dos espectros; y, entre las dos, se alzaba otra Rusia,

llena de bordados de oro, de cruces de brillantes, de palacios espléndidos donde vibraban las músicas y transcendían los festines y tintineaban los rublos: una Rusia aparte, invidiosa y tiránica, sobre la cual erguábase Nicolás II, rodeado de sus nobles, de sus generales y de sus curas. Esta Rusia era todo garras y boca. Las garras tiraban bárbaramente de las otras dos Rusias. La boca iba tragándose las poco á poco.

Esta Rusia, la Rusia oficial, la Rusia todo garras y dientes, la devoradora de la Rusia intelectual y geográfica, era la que no querían defender el joven de los cabellos rubios y los campesinos de las espaldas encorvadas.

No querían defenderla, porque nadie defiende la cárcel donde sufre, y el potro donde le torturan, y la horca que le espera, y el verdugo pronto á encañarse sobre sus hombros y á dar su garganta á la cuerda y su cuerpo al viento.

No querían defenderla, pensando tal vez en que la Rusia por la que iban á pelear, no era la Rusia del pensamiento y del trabajo, sino la Rusia de la esclavitud y del martirio.

Tal vez por eso, porque creían llegada la hora de que los hombres dejaran de ser cuevas alucinadas con espejuelos y conducidas



entre *arres* y varazos, la hora de convertirlos en criaturas con voluntad y con conciencia, alzaba su cabeza pálida, coronada de cabellos rubios el estudiante eslavo, y encogían tercamente sus hombros los campesinos de las estepas rusas, para cruzarse de brazos y decir lo que dijeron al irritado guerrero teutón:

«No queremos.»

— ÍNDICE —

	<i>Página.</i>
PRÓLOGO. . . . .	3
PIEDRA.	
Corriendo estaciones . . . . .	14
El amanecer . . . . .	23
Por el claustro . . . . .	31
El río de los muertos . . . . .	41
Siesta . . . . .	51
Turbia . . . . .	59
Beso de fuego . . . . .	65
Nidos huérfanos . . . . .	73
La cruz de Gayarre . . . . .	81
Crepúsculo . . . . .	89
1902—1903 . . . . .	99
MONSERRAT	
Camino del monte . . . . .	113
El Monasterio. . . . .	123
Entre dos cielos . . . . .	133
Malva-Rosa. . . . .	143